

La llave del espacio-tiempo

Por **Arturo Solari**

Después de fomentar su incipiente arte y mantener una colaboración con él y su cuñado, fui a visitarlos a ambos a San Pablito Pahuatlán. Eran indígenas otomíes que vivían en la sierra. Mi sorpresa –una sorpresa trágica– vino cuando miré su cuerpo y hablamos de la pierna que acababa de perder recientemente en la Ciudad de México en un accidente. Había ido allí a intentar prosperar un poco. “Pero, ¿cómo es que fue allí?”, me decía a mí mismo, casi llorando...

En este escrito pretendo reflexionar sobre cuestiones que en un principio llamaría “periféricas” en la intervención con arteterapia. Pero aunque estas cuestiones se denominaran “periféricas”, paradójicamente fueron imprescindibles para aproximarme al núcleo psico-existencial de los pacientes con los que trabajé. Por otro lado, estas cuestiones me sirvieron para aproximarme a un espacio conocido-desconocido de mi propio interior.

El marco de la experiencia es el de una intervención corta –de tan solo 7 sesiones de dos horas cada una– en un período total de dos meses y medio, con un grupo de personas afectadas por la enfermedad de Chagas (*ver la definición de esta enfermedad en el artículo de Jordi Gómez i Prat de este mismo número*). No se trataba de un trabajo de tipo clínico, sino de un itinerario que abordaba cuestiones sociales y de salud, el fomento de la psicohigiene, la comunicación y el auto-conocimiento.

La primera sesión con estas mujeres y hombres bolivianos residentes en Cataluña fue lo que podría llamarse una “sesión amenazante”, tanto para mí como para el grupo. Se trataba de un contexto desconocido para ellos, seguramente lleno de interrogantes. Sentía que cada uno –yo por un lado y ellos por otro– habíamos venido de “planetas” distintos. Todos hablábamos castellano, pero a pesar de la lengua común, yo notaba una brecha, una distancia importante que surgía de las diferentes “coordenadas existenciales” (y no digo “culturales”, pero también...) de las que veníamos, incluso aunque fuéramos todos latinoamericanos (yo nací y crecí en México).

Como mexicano, reconocía algo sobre esas circunstancias. En mi país existen “varios Méxicos”. Por ejemplo, el México urbano occidentalizado, el mestizo, el indígena, etc. En mi caso, buena parte de mi cultura familiar y social está influida por lo europeo. Se podría decir que soy un ciudadano de cultura occidental estándar, y como tal, mi vivencia de muchas cosas (entre ellas mi profesión de arteterapeuta) discurre por las coordenadas de mi condición.

Pienso que esta subdivisión de realidades y de experiencias vitales dentro de un mismo país es aplicable también a Bolivia. Todos los participantes del grupo eran procedentes de la región de Cochabamba, de matriz cultural y lingüística quechua. Mi intuición me decía que en

realidad ellos venían de “un país dentro de otro país”. Su país, “el país quechua”, no es lo mismo que el país-estado Bolivia. Y no lo digo en cuanto a términos geográfico-políticos sino, en términos del espacio-tiempo. Porque aquellos sentires y sensaciones que yo percibía en el grupo, a mi juicio, eran de “otro tiempo”, un tiempo diferente al mío, o incluso en cierta medida un “no-tiempo”. Sobre el factor espacio hablaré más adelante.



Diario visual de un paciente.

Pero si relaciono ese “país quechua” con el país-estado España y con el país Cataluña, la distancia de coordenadas podría ser aún mayor.

A pesar de la calidez y afabilidad que yo sentía y que intentaba transmitir en ese primer encuentro, los rostros que tenía enfrente parecían poco permeables, cerrados, incluso algo ajenos. Estábamos todos sentados en sillas formando un círculo. Me preguntaba en mis adentros: “¿qué estarían pensando ellas y ellos sobre todo esto? ¿Qué comprendían realmente de lo que les decía?...” Me era difícil registrar por dónde andaban sus mentes y corazones... El diálogo era casi inexistente y tampoco había *feedback*. Apenas se producían monosílabos, quizás cuando ya no les quedaba otra opción... Algo muy peculiar y distinto se me estaba presentando con este grupo. Aunque todo esto me inquietaba, al mismo tiempo había algo subyacente que me hacía sentir seguridad. Pero, ¿cómo era tan paradójico mi sentimiento? ¿Inquietud y seguridad al mismo tiempo? Se me hace difícil definir las sensaciones con palabras...

Cuando le compartía mis vivencias sobre el grupo, el coordinador del proyecto me corroboraba el carácter introvertido y profundo de esas gentes bolivianas, a quienes él había tratado durante años. Algunos meses después, conocí a una antropóloga chilena que llevaba años estudiando la temática migratoria vinculada a la enfermedad de Chagas. Ella me ayudó con sus palabras a reconocer algunas de mis sensaciones: “es que la gente de origen

indígena en Bolivia habla en base a silencios; ese es en buena parte su lenguaje...”.

Otro aspecto que apareció como un importante condicionante fue el de la puntualidad. Un aspecto esencial en el trabajo con un grupo (¡y no digamos con un grupo que pretende enmarcarse dentro de lo terapéutico!) es la puntualidad. Disponíamos de muy pocos encuentros. En ninguno de los primeros 6 encuentros fue posible conseguir la puntualidad deseada. Los retrasos llegaron a ser ¡incluso de una hora! (y por otra parte, un 70 % de los pacientes abandonaron o asistieron a un máximo de 2 sesiones).

Las sesiones y las semanas iban pasando y la experiencia sobre la “impuntualidad” era una constante sobre la que alguna cosa debía hacer. Yo sabía que algunos pacientes tenían que hacer esfuerzos para venir a las sesiones. A veces debían salir antes del trabajo o pedir un permiso especial, organizarse para el cuidado de sus niños o no pasar por casa antes como hubiesen querido, dadas las distancias por recorrer. Pero había algo más que se presentaba con esta situación. Para los integrantes del grupo parecía no ser “tan grave” llegar tarde, a diferencia de cómo era para mí.

Era prioritario garantizar la inclusión de toda aquella persona que pretendiera asistir, incluso si llegaba tarde. Sencillamente, se trataba de una oportunidad: para ellos, para mí y para este proyecto piloto denominado genéricamente “Arteterapia y Chagas” dentro de un marco internacional auspiciado por la OMS (Organización Mundial de la Salud) y por otras entidades públicas y privadas.

El desafío que se me planteaba era el de lograr navegar por aguas mínimamente compartidas entre ellos y yo. Forzar la puntualidad de los participantes fue algo que descarté, pues habría sido contraproducente (aunque sí les recordaba cada vez que podía la hora de llegada esperada). Me quedaba la única alternativa de amoldarme a las circunstancias, pero quizás sobre todo, amoldarme a la noción del tiempo propia del grupo. Pero, ¿cómo adentrarme en “ese tiempo” suyo?

¿Cómo hacer para dar cabida a todos los participantes casi sin condiciones y simultáneamente lograr una continuidad y un mínimo sentido al proceso? El tiempo. El trabajo con el tiempo se hizo indispensable. Mi tiempo, se tuvo que hacer plástico, flexible. Quizás fue esta plasticidad, esta adecuación, lo que permitió que pudiéramos compartir más cosas en común. Yo, por mi parte, abandoné la expectativa de tipo “occidental” en que la puntualidad del reloj ha de convertirse en parte del compromiso. En este caso no funcionaría. Al rendirme a las circunstancias experimenté una extraña liberación. Fue como si empezara a respirar de otra manera o a fluir como el agua cuando ésta encuentra sus cauces después de llover. Mi decisión me llevaba a la relajación y a un cierto caos al mismo tiempo... Decidí no luchar conmigo mismo ni con mis aprendizajes. Decidí entregarme a esa peculiar realidad.

Visto todo desde una distancia de varios meses, creo que, en efecto, fui yo quien entró “en el tiempo” de los participantes. Se podría decir que de alguna manera en-

tré en “el tiempo quechua”, un tiempo diferente al que estoy acostumbrado. Pude ir, poco a poco, sintiendo y dirigiendo esas nuevas maneras, las cuales me producían una pausada calidez y una extraña comodidad orgánica...

Pero junto al vector “tiempo”, el vector “espacio” se hizo notar también. Un perfecto ejemplo de ello fue esa especie de “caldeamientos informales” que se producían en la entrada del Centro de Atención Primaria donde teníamos las sesiones. Allí, en ese espacio público de paso de personas, las circunstancias casi me obligaban a dar la bienvenida a los pacientes y esperábamos “a cuenta-gotas” a que fueran llegando todos. Una agente comunitaria de salud (también boliviana) -pieza fundamental de este proyecto-, “me enseñaba” en la práctica cómo saludar, cómo estar, cómo recibir a quienes iban llegando...

Las conversaciones en ese espacio –un espacio que era la antítesis de un lugar íntimo buscado por el terapeu-



Entrada CAP Drassanes.

ta en una sala cerrada- iniciaban con este tipo de preguntas: “¿qué tal, cómo estás?”; “este año no ha hecho mucho calor, ¿verdad?”; “¿por qué medio de transporte vienes hasta aquí?”, etc. A pesar de mi inicial incomodidad, semana tras semana fui reconociendo la importancia de esos momentos preliminares a las sesiones. Aprendí a degustarlos, pero sobre todo a encontrar su sentido y su importancia dentro de la globalidad de la intervención. Todo esto, tiempo después, he concluido que era parte del “ritual” único de este grupo.

Recuerdo con especial aprecio algunas conversaciones que sostuve con un paciente, de profesión jardinero. Le dije que una vez había leído una entrevista en la que se decía que los jardineros suelen ser gente feliz. Él me dio su opinión. Sobre todo, defendía la libertad de movimientos de esa profesión, su autonomía. Por otra parte, también hablábamos de nuestra condición de inmigrantes, de nuestros países, de nuestros dilemas y afectos lejanos. El espacio de la experiencia de la inmigración se instalaba en esos intercambios. De estas cosas hablábamos...

Las sesiones de arteterapia se fueron sucediendo. Empleamos diversas técnicas y disciplinas: las artes plásticas, el movimiento y la expresión corporal, el ejercicio y la práctica de las metáforas, la escucha y la percepción musical... Los integrantes del subgrupo más comprometido con la tarea hicieron un Diario Visual que presenta-

ron en la última sesión. Junto a todo ello, la confianza y la comunicación fueron aumentando.

Quizás el aspecto más satisfactorio para mí fue que pudiéramos abordar cerca del final, algo crucial, el núcleo mismo de lo que nos reunía a todos: *la vida y cómo vivir esa vida siendo portador del Chagas; y la muerte, la noción más o menos constante de que en cualquier momento ésta podrá venir a raíz de la enfermedad*. Las obras plásticas finales de algunos de ellos “hablaban” de todo esto. En general eran obras vitales, que abordaban cuestiones como los vínculos familiares, los afectos, la amistad, los lugares a los que se va por distintas razones... Pero también trataban cuestiones como la incertidumbre, el temor, las dificultades de la enfermedad, la fortaleza, la elaboración existencial... Ellos y ellas también hablaron verbalmente además de hacerlo en imágenes. Los escuché y les devolví mis impresiones. En aquellos momentos de gran intensidad pensé, y sigo pensando: -“¿son tan diferentes estos temas para las personas que no tenemos Chagas?”



Obra final de A.

Al día siguiente de aquél bloque temático viajé a mi país. El viaje era un viaje “sorpresa”. No había avisado a nadie que iría. Me encontré con unas circunstancias que, como un bumerán, se volvieron hacia mí y el más sorprendido finalmente fui yo. Me vi obligado a esperar un par de días antes de hacerme visible. Tuve que alojarme en un hotel y convertirme en un “turista” en los lugares que me vieron crecer. Nunca antes había vivido esos lugares como alguien “de fuera”, con mi identidad alterada, con ojos distintos...

Acabado de llegar a México, estaba aun permeado por



Obra final de F (detalle).

la tan peculiar y nutritiva experiencia con el grupo boliviano. En realidad estaba muy contento y satisfecho. Sentía que llevaba conmigo una “llave”, la “llave del espacio-tiempo” del mundo quechua que me había permitido abrir algunas puertas, entrar y participar en él. Estaba muy sensibilizado por esa manera de concebir el mundo, y, como si se tratara de un trasvase, contacté de forma novedosa con lo que se me presentaba en mi país. ¡Estaba de incógnito en Cholula (importante asentamiento prehispánico), en días de feria, llena de gentes de grupos étnicos venidos de muchas partes!

Los majestuosos portales del zócalo de Cholula estaban llenos de puestos de artesanía y alimentación. Recuerdo con claridad a una anciana indígena confesándome su cansancio por llevar durmiendo allí varias noches, impaciente por regresar a su pueblo. Estaba desconsolada. Recibí una “punzada” profunda al conocer algo de sus difíciles circunstancias vitales. Fue especial sentir que ella se hubiera dirigido a mí de esa manera tan personal...

Esos días me tomé varios cafés en los portales, haciendo ejercicios de apertura perceptiva y sensorial hacia el paisaje humano que me rodeaba. Familias, niños, jóvenes, ancianos, se me acercaban de tanto en tanto para



Paisaje rural de Cholula.

venderme sus productos. Todas esas gentes, muy, muy pobres, iban tocado mi núcleo existencial, mi alma, mis sentimientos... Activaban mi melancolía y mi sentido de la justicia en este mundo contemporáneo que mantiene “un pie encima” sobre millones de personas y pueblos indígenas en todo el planeta. Le compré un xilófono a una joven por 15 pesos (poco menos de 1 euro). No quise regatear sobre el primer precio que me había dicho. Era un instrumento musical muy sencillo, pero que en algún momento utilizaré en mi profesión de arteterapeuta.

¿Qué tenemos que aprender los hombres occidentales de esos modos y maneras indígenas? ¿Qué es lo que nos hemos dejado en el camino en nuestro devenir “civilizatorio”, predominantemente blanco, eurocéntrico, hegemónico e impositivo? ¿Qué cosas tienen que enseñarnos los pueblos indígenas de la Tierra? ¿Qué aportaciones pueden hacer sus propias percepciones y concepciones en la intervención con arteterapia?

Me siento agradecido con esos hombres y mujeres sencillos del grupo de arteterapia, que, a pesar de las complejidades de diverso tipo que llevan en su “mochila



Xilófono mexicano.

existencial” (la inmigración, la posibilidad de sufrir marginación tanto en su país de nacimiento como en su país de acogida, ser portadores de la enfermedad de Chagas...), fueron capaces de mostrarme y acogerme en su “espacio-tiempo” solamente con su manera de ser y de estar. Una manera auténtica, aunque quizás algo desfasada del estilo occidental estándar: tímida, silenciosa y profunda al mismo tiempo. Una manera perteneciente a un espacio-tiempo otro. Esto es lo que yo me llevé con este grupo.

Curiosamente, en aquella sesión crucial que mencionaba antes, ellos y ellas habían pedido realizar sus obras plásticas finales a lo largo de dos sesiones y no de una (que era lo que yo había previsto). Al dar oportunidad para que se ensanchara el tiempo, se dio oportunidad consecuentemente a que se hablara de *la vida y la muerte*.

Para cerrar el itinerario del grupo escuchamos una canción de Chavela Vargas que decía esto: “...solo sé que donde voy, el amor va conmigo. Y a puro valor he cambiado mi suerte. Hoy voy hacia a la vida, antes iba a la muerte...” Para mí estas palabras tenían relación con la transformación más importante que a mi juicio se ha-



Estatua de Xelhua en Cholula.

bía producido en algunos de los pacientes. Repito: “... hoy voy hacia la vida, antes iba a la muerte...”

Por cierto, la séptima sesión con el grupo se llevó a cabo un mes después de la anterior. Para mi sorpresa, se dio una circunstancia atípica: todos los pacientes asistieron con extrema puntualidad. ¿Una devolución-regalo por su parte? En este sentido concreto, casi fue como una “sesión de verificación”, en términos de investigación... Y este es además un proyecto de investigación.

Dedicado a los pueblos indígenas y a su vivencia del espacio-tiempo.

Arturo Solari, de origen mexicano, es arteterapeuta, artista plástico y educador social. Se tituló en el Máster de Arteterapia Transdisciplinaria y Desarrollo Humano de Barcelona (ahora con sede en el Instituto IATBA). Actualmente es parte de su equipo docente. Es facilitador educativo en Expressive Arts por la Salve Regina University (RI, EEUU). Trabaja como arteterapeuta en un proyecto para personal sanitario y afectados de la enfermedad de Chagas. Su e-mail es: thehealingproject@hotmail.com